

Maurizio Ferraris

DOCUMANIDAD

FILOSOFÍA DEL MUNDO NUEVO

Traducción de Francisco José Martín Cabrero

Alianza Editorial

Título original: *Documanità. Filosofia del mondo nuovo.*

Publicado por primera vez por Laterza & Figli.



Quest'opera è stata tradotta con il contributo del Centro per il libro
e la lettura del Ministero della Cultura italiano.

Este libro se ha traducido con la contribución del Centro del Libro
y la Lectura del Ministerio de Cultura italiano.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021, Gius. Laterza & Figli. All rights reserved

© de la traducción: Francisco José Martín Cabrero, 2023

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-334-6

Depósito Legal: M. 10.100-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

PRÓLOGO. EL MUNDO NUEVO	9
INSTRUCCIONES DE USO	21

DOCUMANIDAD FILOSOFÍA DEL MUNDO NUEVO

1. REVOLUCIÓN: ¿QUÉ ES LA WEB?	31
1.1. Histéresis.....	37
1.2. Una revolución copernicana.....	51
1.3. El secreto de las mercancías revelado	89
1.4. El nacimiento del secreto del trabajo	101
2. REVELACIÓN: ¿QUIÉNES SOMOS?	129
2.1. Fundamento: responsividad	135
2.2. Suplemento: la prótesis	155
2.3. Documento: el capital	177
2.4. Monumento: el valor.....	195
3. ESPECULACIÓN: ¿DE DÓNDE VENIMOS?.....	221
3.1. Ontología: registro	227
3.2. Tecnología: iteración	239
3.3. Epistemología: alteración	267
3.4. Teleología: interrupción	283
4. TRANSVALORACIÓN: ¿ADÓNDE VAMOS?.....	307
4.1. Deconstrucción: el otro lado de la colina.....	313

8 DOCUMANIDAD

4.2. Análisis: la plusvalía documental.....	335
4.3. Acción: lucha por el reconocimiento	351
4.4. Redención: <i>webfare</i>	373
NOTAS	395
NOTA AL TEXTO	483

PRÓLOGO

EL MUNDO NUEVO

El siglo xx, también llamado breve porque según ciertos cálculos empezó en 1918 y terminó en 1989, en realidad ha sido un poco más largo de lo normal y ha durado 102 años. Ha terminado en 2020, y el xxi ha empezado en 2021. O, si prefieren, después del siglo breve ha habido otro aún más breve, de tan sólo treinta y un años, y el que ahora está empezando es el siglo xxii. Siglo nuevo, mundo nuevo, y también una nueva humanidad, puesto que la humanidad no constituye una entidad definida de una vez por todas, sino un proyecto, sin el cual bien podríamos decir eso de apaga y vámonos. ¿Qué es lo que me autoriza a tal optimismo? ¿Acaso no veo los peligros de la crisis? Claro que sí, pero si fuera por eso, también un ilustre colega, Agustín de Hipona, escribió *La ciudad de Dios* bajo la impresión del saqueo de Roma del año 410. Tranquilos, no se asusten, mi proyecto es distinto, no sólo porque desgraciadamente no soy Agustín, sino sobre todo porque las épocas de transición, como las familias infelices que decía Tolstói, lo son cada una a su manera. De lo que se trata es de entender de dónde viene esa infelicidad, y de encontrar el modo de transformarla en con-

fianza respecto al futuro, sin permitir que el pesimismo o la nostalgia paralicen nuestros esfuerzos. Ahora bien, por escasa que sea la consideración que tengamos de nosotros mismos, y por motivado que pueda estar el juicio sobre el fuste torcido de la humanidad, lo cierto es que no faltan señales de progreso; no prestarles atención y no hacerlas crecer sería una irresponsabilidad hacia nosotros mismos y hacia las generaciones futuras. Tales señales no se muestran a la plena luz del día, como es lo normal, pues ninguna época ha podido nunca, al menos al principio, leer las tablas de la ley que habrían de gobernarla. Pero precisamente por eso se hace necesario intentar captar, en la confusa masa del presente, las huellas del futuro.

Primera señal: la revolución documédial. De unas décadas a esta parte estamos asistiendo no a una revolución política e ideológica, como las que se dieron alrededor de la Primera Guerra Mundial, sino a una revolución tecnológica, que es mucho más radical puesto que no depende de las creencias de las personas, sino del infatigable funcionamiento de las máquinas. En nuestro caso, depende de la web, la cual, más allá de entusiasmos o execraciones a corto plazo, ha introducido una automatización destinada a liberar a la humanidad del peso de la fatiga y de la alienación en un plazo que aún no se sabe cuánto pueda durar. Y ello no por alguna forma de filantropía industrial, sino porque, al contrario de los humanos, las máquinas no tienen derechos ni sueños o pesadillas o neurosis, no conocen el hambre ni la sed, no sufren el cansancio ni el aburrimiento, no saben de divorcios ni de los gastos de la comunidad, no se jubilan, no tienen ideas y, además, si mueren pueden resucitar.

No es erróneo pensar que la inteligencia artificial ha sido inventada para quitarnos el trabajo: es así (por contra, veremos que no es cierto que las máquinas vayan a tomar el poder). Hay ya experimentos de robótica y domótica en la asistencia doméstica y en el campo militar, pero el verdadero objetivo es la automatización de todos los procesos de producción. Es difícil negar que la automatización constituye el destino de un proceso que puede llevar aún muchos años, pero se trata de un proceso en curso iniciado cuando el primer homínido adoptó un hueso como arma o como palanca, potenciando de ese modo su propia fuerza con un autómatas rudimentario. Desde entonces ya nun-

ca se dio marcha atrás. Tomémoslo, pues, como un dato de hecho, lo cual, por lo demás, puede resultar consolador, visto que nadie echa de menos las minas o las cadenas de montaje, y menos aún al supervisor paseando reloj en mano entre las dactilógrafas. Consideremos, además, que, como esos trabajos han desaparecido o están desapareciendo, también acabarán por desaparecer los repartidores, los trabajadores *on demand*, los microtrabajos exigidos aún por una inteligencia artificial insuficientemente desarrollada, si bien ya perfectamente preparada para aprender. Se trata de una situación dramática, y potencialmente sin salida, que anuncia una crisis incomparable respecto a otras que la humanidad ha conocido hasta ahora, pero que no puede ser resuelta con el arrepentimiento del pasado, sino que lo que exige, más bien, es una comprensión del presente en su singularidad y originalidad.

Conocemos el mundo del capital industrial desde finales del siglo XVIII: producía mercancías, generaba alienación, hacía ruido —el de las fábricas—. Después llegó el turno del capital financiero: producía riqueza, generaba adrenalina y hacía aún un poco de ruido —el de la bolsa—. Hoy se está abriendo paso un capital que es novísimo, porque lo hace posible una tecnología que antes no había, y a la vez antiquísimo, porque manifiesta la esencia de la capitalización constitutiva del mundo social: produce documentos y genera una movilización que comporta la automatización —y no hace ruido—. Se trata de un capital más rico que el financiero, y más influyente aún en lo que se refiere a la creación de valor, las relaciones sociales y la organización de la vida de las personas; y no hablo sólo de su existencia profesional, puesto que tiende a eliminar la diferencia entre la vida y el trabajo.

Este capital es revolucionario, y se liga a una transformación tecnológica que va de las astillas del primer pedernal a las edades del bronce y del hierro y llega hasta la explotación del vapor. Defino como «documedia» la actual revolución en curso porque se basa en la intersección entre el aumento de la documentalidad, la producción de documentos en cuanto elemento constitutivo de la realidad social, y el de la medialidad, que en ámbito digital no es ya de-uno-a-muchos sino de-muchos-a-muchos. El ambiente en el que se produce es la web, es decir, un lugar potencialmente ubicuo, igual que el ambiente genético de la revolución industrial fueron las fábricas y las ciudades obreras. Esta transformación es también una generalización: las fábricas están

siempre en algún sitio, mientras que la web lo está potencialmente en cualquiera, lo que explica fácilmente la radicalidad de las transformaciones sobrevenidas. Y es el resultado, en buena parte accidental, del incremento vertiginoso de las posibilidades de registrar, comparar y perfilar la movilización de la humanidad, es decir, el capital de actos que los humanos llevan a cabo en el mundo.

Quien accede a la web tiene la impresión de mirar la televisión, pero, en realidad, entre mirar un vídeo en un medio analógico y hacerlo en uno digital hay de por medio una revolución copernicana. En el primer caso, somos nosotros quienes miramos el vídeo, pasivamente; tanto es así que antes o después nos dormimos. En el segundo, por decirlo de algún modo, es el vídeo el que nos mira a nosotros, hace seguimientos de nuestros hábitos y preferencias, de los comentarios que hacemos, de las personas a las que enviamos un enlace, de la frecuencia con la que volvemos, a la vez que nos estimula para cumplir acciones; tanto es así que no creo que nadie se haya dormido delante del teléfono móvil, a menos que lo usara como televisor, pero incluso en ese caso, al contrario que el televisor, el teléfono móvil anotaba de manera imparable la hora, el día, la iluminación ambiental y otras muchas cosas. Que el 90 % de los documentos actualmente archivados en el mundo se haya generado sólo en los últimos dos años¹ resulta una afirmación difícil de probar, pero es intuitivamente razonable. En Europa, en Estados Unidos y progresivamente en todo el mundo, con una enorme ventaja competitiva de China, que tiene casi mil quinientos millones de habitantes, y sobre todo mil millones de teléfonos móviles, actos cotidianos que hasta hace muy poco habrían desaparecido como si nada hoy quedan registrados y, como demostraré a lo largo de este trabajo, capitalizados.

Segunda señal: de la produmanidad a la documunidad. De aquí se sigue una segunda señal que no se manifiesta al principio, pero constituye el punto de partida del enredo que voy a tratar de desenmarañar en este libro. A quienes hablan, legítimamente preocupados, de final del trabajo y, en consecuencia, de final de los trabajadores, a quienes temen la distopía de un mundo de máquinas que producen mientras la humanidad se queda mirando y poco a poco sucumbe, les propongo una simple reflexión: ¿qué sentido tiene una máquina sin un humano?

¿Qué sentido tiene una producción sin un consumo? Es precisamente el crecimiento de la automatización lo que ha comportado la revelación de algo que hasta ahora había permanecido escondido en los talleres del *homo faber*. Es decir, que son muy pocas las funciones en las que una máquina no puede sustituir al ser humano, y una de ellas (o quizá la única) es el consumo, ya sea que se trate de consumo material (las máquinas necesitan energía, pero también pueden prescindir de ella sin hacerse daño; los organismos, y entre ellos los humanos, en cambio, mueren) o espiritual (es posible imaginar una máquina que produzca sinfonías, pero no una máquina que disfrute de ellas).

Si en el centro de la revolución industrial, hecha de materia, estaba la producción, en el centro de la revolución documедial, hecha de memoria, está el consumo. Las máquinas pueden producir infinitamente más y mejor que los humanos. Pero ninguna máquina podrá nunca consumir en lugar de un humano, mientras que todo humano es capaz de consumir; es más, tiene que hacerlo necesariamente para mantenerse con vida. Precisamente por eso, el consumo, con sus urgencias fisiológicas y con la movilización social que produce, proporciona un objetivo a la totalidad del aparato productivo, el cual, sin él, carecería de sentido. Por tanto, no sólo no es el objeto sucio y deplorable que se decía en los últimos siglos, por lo demás no sé con cuánta sinceridad, sino que debe ser considerado el gran motor del crecimiento humano. Recíprocamente, es en las funciones no automatizadas del consumo, porque son exclusivamente humanas y orgánicas, donde hay que localizar la producción de valor. De hecho, los mecanismos consumen sólo en sentido metafórico, o por lo menos derivado: un coche sin carburante no muere; un humano sin comida, sí. Además, los organismos no humanos satisfacen sus necesidades a través de procesos que nada tienen que ver con el consumo, puesto que no están integrados dentro de un ciclo técnico y económico (cuando lo están, es en función del consumo humano: granjas de cría, animales de compañía, etc.).

¿Pero por qué el consumo humano debería equipararse a la producción? Este es el asunto central de todo el discurso, y la respuesta es más simple de lo que parece: porque genera documentos. Durante mucho tiempo la producción ha requerido esfuerzo físico y ha comportado alienación, pero hoy ya no es necesariamente así. La produ-manidad, la humanidad que se esfuerza y cansa en campos y talleres,

omnipresente en la época industrial, al igual que en los diez mil años que la precedieron, está aún entre nosotros. Pero también se deja ver ya una documanidad que avanza, una humanidad cuya máxima función es la de producir documentos sobre sí misma, documentos menores y mínimos, pero de gran utilidad, como son los de nuestras navegaciones en la web, o documentos mayores y máximos, como son las producciones del espíritu y de la cultura. Todos estos documentos se revelan esenciales para trazar los perfiles de las necesidades y de los comportamientos, para la automatización de la producción que deriva de ellos y para la racionalización de la distribución, con la consiguiente rebaja de los precios.

Si se la comprende en su verdadera estructura, la revolución documental se hace portadora de un círculo virtuoso entre la automatización de la producción generada por el almacenamiento de los documentos elaborados por los humanos y el mundo de la vida en el que tienen lugar los actos de los humanos destinados a alimentar la producción de documentos. Por un lado, la automatización hace posible el registro, el archivo, la creación de perfiles y la reutilización de las formas de vida humana. Lo que llamamos «inteligencia artificial» no es más que eso. Por otro lado, todo el proceso se nutre y adquiere sentido y propósito del hecho de que hay agentes humanos, organismos mortales, que, al contrario que las máquinas, tienen un final irreversible, y son por ello capaces de prescribir un fin para las máquinas, por ejemplo el de oxigenarnos en las unidades de cuidados intensivos de los hospitales. Intenten pensar en una unidad de cuidados intensivos sin humanos: inmediatamente deja de tener sentido, y uno se pregunta si conviene conservarla. Ahora piénsese en una web sin humanos, y se verá el papel esencial que cada uno de nosotros desempeña respecto a la automatización, cuyo actor principal son los trazados de perfiles de necesidades y comportamientos humanos por parte de las plataformas.

En resumen: la producción, en cuanto parte mecánica de lo humano, está destinada a la automatización, mientras que el consumo, en cuanto hecho propiamente humano, es lo que de ninguna manera se puede automatizar, y no por razones éticas sino ontológicas. El consumo no es sólo la cooperación de los usuarios en la producción. Es el fin último de la producción. Si de repente la humanidad se encontrara sin necesidades que satisfacer a través del consumo, todo el aparato docu-

medial implosionaría. El consumo nos acompaña hasta nuestros últimos días, e incluso después, en caso de haber formulado exigencias vinculantes para la sepultura. En este marco, el consumo no es el sustituto moderno de los pecados capitales, sino la necesidad orgánica integrada en un contexto sociotécnico, algo, pues, que genera todo tipo de potenciamiento, suplementación y metamorfosis de la necesidad que a la postre acaba por transformarse en deseo, ambición, lujo, derroche, cultura. Es precisamente esta circunstancia, que sin duda es crucial, la que permanecerá escondida hasta que no se haya reconceptualizado el consumo como trabajo, y mientras no se haga se irá en busca del tiempo de los talleres como si fuera el de la nostalgia por las nieves de antaño.

Tercera señal: señoría y servidumbre. También la tercera señal requiere un trabajo de comprensión, sin el cual la humanidad se reduciría al victimismo de la servidumbre voluntaria. Ya no necesitamos obreros (lo que sin duda es un bien para la humanidad), pero eso no significa que podamos prescindir de ellos, como tampoco de los demás seres humanos, de su mortalidad y de sus prisas, de su curiosidad y de su ilogicidad, de sus necesidades y de sus deseos. La exclusión del trabajador de la producción no significa en modo alguno revocar la posibilidad de los humanos de ser productores de valor. La máquina necesita siempre a alguien —un ser vivo, por lo general un humano— que le marque un objetivo. Un reloj, un cuchillo, la ralladora del queso, el ordenador, el teléfono móvil: intenten imaginar un mundo sin humanos y pregúntense luego por el sentido que podrían tener una novela negra o un cargador eléctrico. Es aquí donde reside la enorme y desde luego muy infravalorada fuerza de lo humano. Es posible que antes o después haya una máquina para producir y distribuir cualquier cosa, pero esa máquina sería soberanamente inútil en ausencia de humanos. Lo cual, bien pensado, literalmente significa que somos nosotros los patrones del vapor, los señores de las máquinas, aunque por algún motivo —por lo común ligado al deseo de absolvernos de nuestras culpas o inercias haciendo responsables a las máquinas— solemos tender a concebarnos como esclavos de la automatización.

Es competencia nuestra llevar a cabo una revolución conceptual, dar la vuelta al modo de pensar que nos ha acompañado en el tiempo,

sin duda largo pero no infinito, en el que los humanos eran interesantes como productores. Hoy ya no lo son tanto, por los motivos que he dicho y que analizaré ampliamente en este libro. Pero precisamente porque somos organismos vivos, en nuestro caso organismos sistemáticamente conectados con dispositivos tecnológicos, tenemos que entender que sin nosotros, sin nuestras necesidades, sin nuestras urgencias, sin el aburrimiento y la angustia que derivan de la conciencia de poseer un tiempo de vida limitado (y que todo ello es sólo nuestro), los autómatas no tendrían sentido. De la misma manera que hemos de concienciarnos del hecho de que, precisamente porque por suerte las máquinas responderán progresivamente a la mayor parte de las necesidades productivas, la humanidad tendrá que volver a reflexionar sobre el modo más propiamente suyo de estar en el mundo en términos distintos a la producción, y sobre todo comprender bien que sin los consumos y sin las necesidades de los humanos la producción no tiene ningún sentido. Es a la luz de esta circunstancia como se hace necesaria una transvaloración de todos los valores y de todos los trabajos. Una transvaloración sin Walhalla, una transformación del legado de una tradición que no por ser antigua es necesariamente buena.

En este sentido es necesario relanzar la dialéctica señorío/servidumbre, y para poder hacerlo es a su vez necesario invertir la engañosa suposición de que seríamos dueños de la naturaleza y esclavos de la técnica. En cuanto a ser dueños de la naturaleza, un virus nos ha mostrado de manera inmejorable hasta que punto la naturaleza se impone a nosotros, sin olvidar que todos, ya sea dentro de cien años o en el próximo minuto, tendremos que morir. Sin embargo, es aquí, en este punto preciso, donde está nuestro señorío sobre la técnica. Y es un punto que requiere reflexión, porque lo que está en juego es nuestra libertad. Desde que el diablo o los dioses ya no son candidatos más o menos presentables, ha surgido un problema incluso más serio que la teodicea. Si ya no hay, para bien o para mal, un único principio al que poder reconducir el mundo, ¿a quién, pues, tenemos que imputar nuestras desgracias? La pregunta, desde un punto de vista laico, no tiene más sentido que la que estaba en la base de la teodicea, pero, al contrario que aquella, ha producido un gran número de respuestas, que por lo demás tienen en común el defecto de distraer el análisis de la realidad efectiva y,

por lo general, concuerdan en reconocernos como esclavos de la técnica. Esta es más bien una esclavitud que tenemos que imputarnos sólo a nosotros mismos. Si me apuntan con una pistola, no soy esclavo de la pistola sino de quien la empuña. Atacar a la web por el populismo es como atacar a la radio por el nazismo. Hablar de gobierno de los algoritmos no es distinto de pensar que la intención de asesinar a César estaba en los puñales y no en los conjurados. Los humanos no son esclavos de la técnica ni de sistemas abstractos: estas son justificaciones para quien manda y para quien obedece. Obviamente, pueden ser esclavos de otros humanos, en cuyo caso su primer deber es emanciparse —con la acción política y con la comprensión filosófica—.

Cuarta señal: humanidad por venir. La cuarta señal, por último, tiene que ver con el mundo nuevo que se abre ante nosotros, con sus caracteres originales, empezando por la centralidad de la educación. Hay que partir de aquí. Cuanto más progresa la humanidad, más aumenta la sensibilidad ante las injusticias y las desigualdades y más empuje cobra tanto en la exigencia de derechos humanos cuanto en el deber de satisfacer esas mismas exigencias. Y eso, sobre todo, por un motivo filosófico esencial al que a menudo no se presta suficiente atención. No existe una «naturaleza humana» definida de una vez por todas; en consecuencia, los derechos (y los correspondientes deberes) de los humanos no es que estén escritos en las paredes de alguna caverna neolítica o en las tablas de la ley traídas de las alturas del Sinaí o expuestas en bronce en los muros de una ciudad, Roma, con razón considerada maestra de civilización pero en la que la esclavitud era una condición normal y universalmente aceptada. La naturaleza humana, con sus derechos y con sus deberes, constituye un devenir histórico; pero resulta curioso que quienes han condenado el relativismo ético como una fuente de laxitud moral o injusticia social capaz de arrasar los buenos valores de antaño hayan evitado considerar que aquellos valores no eran tan buenos; es más, eran mucho peores que los nuestros, los cuales, sin duda —puesto que la investigación no tiene fin, y menos aún la historia de la educación humana—, aparecerán como insuficientes y limitados a los ojos de nuestros remotos descendientes, que nos deberán gratitud, mientras que a nosotros nos queda el derecho, humano, demasiado humano, de envidiarles un poco.

Gracias a la automatización, el mundo moderno ha logrado satisfacer las necesidades de un número creciente de seres humanos; al contrario de cuanto a menudo se escribe, y se lee, nuestro problema fundamental no son las guerras o el hambre en el mundo, que existen, desde luego, pero con una extensión y gravedad inferiores a épocas precedentes. No lo digo para quitarle importancia, puesto que cada muerte cuenta (como veremos, la única cosa que cuenta es la muerte), sino para indicar la verdadera urgencia. Lo que más necesitamos, en el mundo nuevo, es la educación, que hay que entender sobre todo como la capacidad de producir una humanidad que no se sienta sometida o desorientada en el mundo que ella misma ha creado. Por tanto, lo que se prospecta como necesidad fundamental para el mundo nuevo, que desde luego no será el paraíso ni el consiguiente tedio eterno, pero sí será seguramente mejor y más justo que el mundo que hemos dejado atrás, es el paso de la preocupación por la producción a la preocupación por la educación. No lo olvidemos: Sócrates no dijo que una vida sin producción no tiene valor; dijo que no tiene valor una vida que no indaga —y, en términos productivos, hay que decir que él no trabajó ni un día en toda su vida—. Es a eso a lo que debemos tender: si miráramos al mundo sin prejuicios, tendríamos que constatar que estamos más cerca de ese objetivo que en cualquier otra época de la historia, sin duda mucho más ahora que en la de Sócrates.

Keynes se planteaba el problema de qué hacer con el tiempo libre, pero era un problema para los demás, porque él sabía muy bien cómo ocupar el suyo: leer, escribir, ir a congresos y conferencias internacionales, conversar, bailar, flirtear con los amigos de Bloomsbury. Si hay un destino deseable para la humanidad, es precisamente ese: que en un periodo de tiempo más o menos amplio —pero que es inevitable que llegue, porque la historia no va hacia atrás— le sea concedida una forma de vida similar a cada ser humano. El *webfare*, el bienestar o *welfare* digital que propongo en este libro, tiene que llegar a través de la educación, que enseñaría a encontrar nuevos nombres y nuevas formas, más tolerantes y justas, para las exigencias humanas de seguridad, identidad y proyección en el futuro, que las que en el pasado se han reconocido en aquellos viejos nombres. Y sobre todo enseñaría a transformar el tiempo que nos deja la automatización en una oportunidad de progreso. La web dejaría de ser así la máquina del malestar y se con-

vertiría en instrumento de emancipación. Así era en los sueños, un tanto inadecuados dado que eran prematuros e ingenuos, de sus inventores, y así puede y debe volver a ser.

Un último punto para esta introducción, ya un poco larga. Soy bastante escéptico respecto de toda crítica que no vaya acompañada de una alternativa, de toda deconstrucción sin reconstrucción. Lo que necesitamos no es un libro más que añadir a los ya muy numerosos sobre las crecientes desigualdades, sobre las nuevas pobreza, sobre el final del trabajo, sobre la dictadura de las máquinas y sobre el Estado pánoptico; lo que necesitamos, si acaso, son ideas para evitar todo eso, puesto que hoy más que nunca disponemos de las condiciones para poder hacerlo. La idea es más o menos esta: «¿No te parece bien el comunismo?, ¿no te parece bien el capitalismo?, ¿no te parece bien el Estado del bienestar? De acuerdo. Pero entonces dime por qué no están bien y, sobre todo, qué es lo que, en tu opinión, está bien. Y mientras lo piensas, deja que yo te explique por qué, en mi opinión, estamos hoy mejor que antes, y cómo podríamos estar aún mejor si reconociéramos (cosa que tú no haces) que el camino que tomamos hace un millón de años es el bueno». Esto es lo que haré, para quienes tengan la paciencia de seguirme, en las páginas que siguen.

INSTRUCCIONES DE USO

Este libro tiene la ambición de volver a proponer en filosofía la forma del sistema, caída en desuso en los dos últimos siglos por motivos aún sin esclarecer y que no tienen nada de evidente. Si, tal como creo, de la filosofía hay que esperar la totalidad, o por lo menos algo que se le parezca, entonces la sola alternativa a la totalidad negativa del fragmento es el sistema, o por lo menos la adopción de una forma, tan abierta y modular cuanto se quiera, pero una forma.

	CAP. 1 ONTOLOGÍA	CAP. 2 TECNOLOGÍA	CAP. 3 EPISTEMOLOGÍA	CAP. 4 TECNOLOGÍA
LIBRO 1 REGISTRO	1.1.	1.2.	1.3.	1.4.
LIBRO 2 ITERACIÓN	2.1.	2.2.	2.3.	2.4.
LIBRO 3 ALTERACIÓN	3.1.	3.2.	3.3.	3.4.
LIBRO 4 INTERRUPCIÓN	4.1.	4.2.	4.3.	4.4.

La sucesión de los libros supone que la ontología, y su vehículo fundamental, el registro, corresponde al libro 1; la tecnología, y su vehículo fundamental, la iteración, corresponde al libro 2; la epistemología, y su vehículo fundamental, la alteración, corresponde al libro 3; mientras que la teleología, y su vehículo fundamental, la interrupción, corresponde al libro 4. Esta misma estructura se repite en los cuatro capítulos de cada libro, de modo que todos los capítulos 1 tratan de ontología; todos los capítulos 2, de tecnología, y así sucesivamente. Lo mismo vale para los cuatro párrafos de que se compone cada capítulo. Obviamente, con las modificaciones derivadas de la colocación en que se encuentren.

A modo de ejemplo, tanto 1.3 como 2.3, 3.3 y 4.3 abordan la epistemología, sólo que en el primer caso se trata de un saber relativo a la ontología (la revelación del secreto de las mercancías); en el segundo, de un saber relativo a la tecnología (el capital como vehículo de progreso epistemológico); en el tercero, de un saber relativo a la epistemología (es decir, una reflexión metafilosófica sobre el modo en que se forma la verdad), y en el cuarto, de un saber relativo a la teleología (la lucha por el reconocimiento de la movilización en cuanto productora de valor como desvelamiento del secreto del trabajo).

Esto permite una lectura de tipo tradicional, obviamente, que es la que recomiendo, aunque no sea más que porque se deja guiar de la tenue, pero tenaz, preferencia del autor y se corresponde, además, con el ánimo inveterado en tantísimas culturas, si bien, como sabemos, al menos la mitad del mundo lee de otros modos. Para esta tradición, «leer un libro» significa comenzar por la primera letra puesta arriba y a la izquierda de la primera página y proseguir hasta la última letra puesta abajo y a la derecha de la última página. Esta lectura, que es un ideal regulador en realidad jamás logrado a causa de los saltos de letras que conlleva el constante parpadeo de los ojos o por el aburrimiento del argumento de páginas y capítulos enteros, diseñaría el siguiente recorrido: en 1 trato de la revolución documедial, es decir, de la transformación en curso por obra de la web; en 2, de la revelación antropológica que resulta de esa revolución (de hecho, mi tesis es que la tecnología no es alienación, sino revelación de lo que somos); en 3, de la especulación, es decir, de los fundamentos metafísicos comunes tanto a la revolución como a la revelación, y en 4, de la transvaloración, es

decir, de la transformación conceptual y de la acción política necesarias para una redistribución justa de los beneficios, sociales y económicos, generados por la revolución.

Sin embargo, esta progresión de lectura no es más que uno de los muchos usos alternativos o complementarios de lo que he construido, cuya ambición quisiera constituir una matriz teórica para la comprensión de la transformación en curso y para llevar a cabo una prospección del porvenir que ojalá espere a la humanidad o, mejor, a la documanidad, que es lo que empezamos a ser cuando la producción de bienes queda reservada a las máquinas y a los humanos no nos queda más que generar documentos con relación a quiénes somos, qué queremos o no queremos, qué sabemos o creemos saber. A continuación indico algunos de estos usos alternativos.

El primero es la lectura empezando por uno cualquiera de los libros, según el interés dominante que guía al lector (la revolución documental para el 1, la antropología para el 2, la especulación para el 3 y la política para el 4). Se trataría de una lectura no arbitraria, pues respondería al problema hegeliano del «¿por dónde empezar?» en un sistema. Se empieza donde se quiere y se continúa de manera coherente.

Por ejemplo, quien empezara por el 4, es decir, por la transvaloración, se confrontaría enseguida con la propuesta política fundamental del libro, que es la de un *webfare* que vela por la redistribución de la plusvalía producida por las plataformas y por el reconocimiento de la movilización de los usuarios como trabajo que hay que retribuir en términos de *welfare*, es decir, como apoyo al consumo, a la educación y a la invención como caracteres específicos de los humanos respecto a los autómatas.

Procediendo hacia atrás, la propuesta se sustanciaría en 3 a través del fundamento metafísico en el que se apoya el proceso de la capitalización de la movilización humana y de la producción de la plusvalía, es decir, la histéresis, el hecho de que los actos se hayan transformado en objetos y, por tanto, en mercancías actuales o potenciales.

Después, en 2 tendríamos el fundamento antropológico de la mutua dependencia entre humanos y plataformas, donde estas últimas serían el prototipo contemporáneo del complemento técnico que constituye el único rasgo definitorio de la naturaleza humana, y al mismo

tiempo se justificaría el argumento fundamental del *webfare*, es decir, que sin la aportación humana la técnica, y en nuestro caso las plataformas, sería inútil e inerte, y perdería su razón de ser.

Llegado a este punto, en 1 el lector dispondría de las coordenadas políticas, metafísicas y antropológicas para poder leer la revolución documental por entero y en profundidad, sin dejarse desviar por los efectos de superficie que a menudo condicionan nuestra lectura de la web, empezando por la idea de que la web sea una infosfera de comunicación en vez de una docusfera que registra el mundo de la vida transformándolo en perfilación, automatización y distribución.

Es obvio que también son posibles las demás vías de acceso, según los intereses de cada lector: quien empezara por 1 privilegiaría la ontología de la actualidad, la situación en que estamos nosotros ahora (por eso he empezado por ahí, en un *ordo naturalis* que se revela enseguida, y necesariamente, un *ordo artificialis*); empezando por 2, en cambio, se accedería a las características estructurales (que no significa «naturales», visto que desde el principio doy por supuesta una relación con la técnica) de lo humano. Empezando en 3 se accede a una mirada metafísica llamada a iluminar la actualidad tecnológica, política y antropológica. Es obvio también que el orden de lectura para quienes empezasen en 2 y 3 podría ser tanto progresivo (2, 3, 4) como inverso (3, 2, 1) o aleatorio (2, 4, 1).

El segundo es una lectura temática, y privilegia el eje vertical en nuestro esquema al sustituir el orden por libros por el orden por capítulos. Así, por ejemplo, quien estuviera interesado en la teleología podría leer todos los capítulos cuartos, lo que le llevaría del nacimiento del secreto del trabajo en 1.4 (surge una pregunta sobre el fin de la movilización humana) a la génesis del valor en 2.4 (el valor es lo que en un sistema indica una dirección), a la reflexión explícita sobre el significado de la teleología en 3.4, para llegar después, en 4.4, al *telos* revolucionario de una sociedad liberada del trabajo y emancipada por el saber.

En cambio, quien privilegiara el tema de la tecnología podría empezar por el examen de la web como docusfera, es decir, como ámbito tecnológico de producción de documentos (1.2), y desde ahí alargar la perspectiva viendo en la docusfera un caso particular de un fenómeno más general, la adopción de prótesis por parte de los humanos (2.2).

Siguiendo este hilo conductor, el lector interesado encontraría en 3.2 una respuesta alternativa al conceptualismo según el cual es necesaria la comprensión teórica para conseguir una competencia práctica, además de la ilustración del proceso inverso, que es el que constituye el poder fundamental de la técnica, exigir una competencia no necesariamente acompañada de comprensión. Y justamente porque puede haber competencia sin comprensión, 4.2 ilustra el mecanismo de la plusvalía, que deriva precisamente del hecho de que la web, como todo aparato técnico, no es una infosfera transparente (en la que el valor documental y el secreto del trabajo que lo hace posible no tendrían lugar), sino una docusfera opaca, generada por una competencia sin comprensión, lo que explica de manera completamente natural el proceso de formación de la plusvalía.

En cambio, quien quisiera empezar temáticamente (esto es, verticalmente) por la ontología se encontraría frente al carácter fundamental de la web, es decir, la histéresis (1.1), el registro y sus recursos; después frente al carácter fundamental de lo humano, o sea, su carácter responsivo (2.2), el hecho de ser un organismo sistemáticamente conectado con mecanismos y prótesis tecnológicas; luego frente al carácter fundamental de la totalidad de los objetos, naturales y sociales, es decir, la emergencia (3.1), el hecho de que la génesis de la realidad tal y como la conocemos (o creemos conocerla) no consiste en una construcción movida por principios sino en un proceso desde abajo, aleatorio y consentido por la sobreabundancia de tiempo y espacio, y, por último, frente al carácter fundamental de la política (4.1), que consiste en la deconstrucción, es decir, en la crítica no ya del estado de cosas existente, sino de las ideologías parciales o desviantes que nos impiden alcanzar los recursos emancipadores escondidos en el estado de cosas existente (en nuestro caso, de la revolución documental).

Por lo que respecta a la selección temática que concierne a la epistemología, se empezaría por el carácter fundamental de la transformación epistemológica documental, es decir, el aumento de la documentación y la consiguiente pérdida de significado del secreto de las mercancías (1.3); de ahí se pasaría al capital considerado como presupuesto no sólo de la acumulación de valor, sino también del aumento del conocimiento (2.3); luego al proceso de verificación como instrumento tecnológico (3.3), y, finalmente, a la transvaloración, es decir, al

cambio, tanto político como cognoscitivo, de la comprensión del estado de cosas existente que deriva del conocimiento de los procesos (4.3).

La tercera aproximación posible es una lectura estructural, la cual privilegia no las disciplinas sino los movimientos dialécticos subyacentes a lo real, que constituyen otras tantas articulaciones de la histéresis como principio metafísico fundamental.

Tenemos así el registro, que corresponde al carácter manifiesto de la histéresis (1.1), la docusfera como ámbito de registro de los actos sociales (1.2), la documentación como efecto productivo de la docusfera (1.3) y la movilización como movimiento vital que se transforma en valor a través del registro.

Después tenemos la iteración, es decir, la posibilidad técnica que surge del registro (lo que está registrado puede ser iterado) y que genera los fenómenos de la responsividad (2.1: la alianza entre organismos dotados de procesos irreversibles y mecanismos capaces de iteración indefinida), la prótesis (2.2, donde la prótesis es el instrumento de la iteración), el capital (2.3, el capital que constituye el resultado de la iteración y la más vasta de las prótesis) y el valor (2.4, que surge solo dentro de un sistema de iteraciones y capitalizaciones que definen el mérito, el significado, la deseabilidad).

Después tenemos la alteración, es decir, el proceso aleatorio por el que una iteración puede derivar de la repetición sin diferencias para producir algo distinto, tanto para bien como para mal. Se empieza de este modo por el proceso de la emergencia (3.1), que es precisamente un ámbito de alteración, es decir, de génesis de algo cualitativamente nuevo; después se pasa a la competencia (3.2), es decir, al instrumento técnico tanto de la iteración como de la alteración; a la verificación (3.3), es decir, a la comprensión reflexiva de la alteración, y a la narración (3.4), es decir, a la capacidad de reconocer, en la sucesión de las alteraciones, un devenir histórico portador de sentido.

Finalmente tenemos la interrupción, la suspensión del proceso (paradigmáticamente, la muerte de los organismos como evento irreversible), lo cual hace interesantes las fases de un proceso, puesto que es precisamente la urgencia de una vida finita y acosada por la necesidad lo que confiere valor al sistema que he delineado. Se empieza de este modo por la deconstrucción (4.1, es decir, por el rechazo de los

modos de pensar usuales como cautela crítica fundamental), se sigue por el análisis (4.2, es decir, la anatomía de la plusvalía) y la acción (4.3, es decir, la transvaloración por la que toda forma de producción de valor tiene que ser considerada trabajo), hasta la redención (4.4, es decir, el *webfare* como restitución a los movilizados de la plusvalía que han producido). Todas estas acciones se colocan bajo el signo de la interrupción porque tienen sentido solamente para un mortal: la acción política y la decisión irrevocable, por ejemplo, no son significativas para un inmortal, ni tan siquiera para esos inmortales que de manera manifiesta pueblan hoy nuestro mundo, las máquinas.

Quedan abiertas otras posibilidades, y me limito a señalarlas a grandes rasgos, pero sin insistir demasiado porque estoy convencido de que en esas posibilidades, que en general son los recursos que ofrece una tabla combinatoria, los lectores podrían obtener conclusiones y aplicaciones en las que yo no he pensado, y que precisamente por eso tienen mayores probabilidades de aplicarse en un mundo nuevo, el cual, por definición, no puede ser anticipado.

La primera es una lectura diagonal, por ejemplo, de la sucesión que desde 1.1 lleva a 4.4, pero sin seguir el orden establecido, sino procediendo de la histéresis (1.1) a la prótesis (2.2), a la verificación (3.3) al *webfare* (4.4). Es obvio que también se podría empezar desde el final, es decir, de 4.4, o también desde la esquina inferior izquierda, siguiendo la diagonal que lleva de la deconstrucción a la movilización, o al revés. Queda claro que la lectura en diagonal puede ser parcial, tocando sólo algunas casillas, es decir, por ejemplo, privilegiando la conexión entre la competencia (3.2) y el capital (2.3). O asumiendo como punto de arranque no los ángulos del cuadrado sino las segundas o terceras casillas (por ejemplo, con la triplete docusfera, 1.2; capital, 2.3; narración, 3.4).

La segunda es la lectura modular, es decir, con trayectorias que el lector puede formar siguiendo sus propios intereses o necesidades. De este modo se podrían hacer movimientos como el del caballo, por ejemplo el que de la prótesis (2.2) conduciría a la transvaloración (4.3), a la movilización (1.4), a la deconstrucción (4.1) o a la narración (3.4). O también correlaciones entre casillas no contiguas, como en el caso de que se quiera responder a un problema específico. Por ejemplo:

¿cuál es la narración justa para desenmascarar la injusticia de la plusvalía sin caer por ello en la trampa de una filosofía negativa de la historia? En este caso, mi opción sería iniciar en 3.4 (narración) para llegar a 4.2 (plusvalía) pasando por 4.1 (deconstrucción de las falsas creencias) y sobre todo por 2.3 (examen de la verdadera naturaleza del capital).

Queda aún, finalmente, la lectura detallada de una sola casilla. No es necesario beber la cuba entera para saber si el vino es bueno, y, sobre todo, se puede tener la urgencia, siempre legítima, de llegar a una conclusión, por ejemplo poniendo en resonancia el tema general del libro con las propias competencias. Quien estuviera interesado en la economía política imagino que podría concentrarse en 4.2, y quien quisiera argumentar a favor de una concepción distinta del trabajo, en 4.3; un economista interesado en desenmascarar las ingenuidades de un filósofo podría examinar en profundidad 2.3, y a un filósofo analítico deseoso de evidenciar las lagunas de un filósofo continental le desaconsejo que pierda el tiempo leyendo todo el libro (puesto que no lo haría) y le sugiero que eche un vistazo a 3.3.

Dicho esto, obviamente, hay que decir que también está disponible la opción soberana de todo lector, es decir, no leer nada: no lo sabré jamás, *Hypocrite lecteur, — mon semblable, — mon frère!*

DOCUMANIDAD FILOSOFÍA DEL MUNDO NUEVO

